

## En memoria de Rosal de Caralt

■ Al atardecer del día de Difuntos, un paró cardíaco —la muerte súbita—, permitió a José María Rosal imitar a los Patriarcas “dejando sin tristeza este valle de lágrimas, para poder ir a gozar del descanso eterno en su verdadera patria”.

Yo no sé si José María rezaba con frecuencia la oración, clásica, para obtener una buena muerte. Yo no sé si recurría a José, su santo, para que le alcanzara morir con la muerte de los justos. Lo que sí ponía de manifiesto su cara, como dormida, es que había conseguido una muerte santa, serena, “sin angustias, penas ni dolores”.

Sentencia el escritor bíblico que “Dios ama al que da con alegría”. A mí me parece que ésta es una acertada observación que, intuyo, se dio en José María. Por eso su semblante, después de morir, permanecía sereno, tranquilo.

Pienso que, de la vida de José María, podría escribir en esta necrológica muchas más cosas buenas que sobre su muerte, precisamente porque era una persona normal, corriente, de las que no aspiran a “inscribir su nombre en el libro de oro de la historia”. Pero todo esto no es necesario porque bien lo saben su familia y sus amigos.

LUIS VALLS TABERNER

*Madrid*